

tan cuando son necesarias porque la idea exige una manera de manifestarse. Y hay que saber usarlas con inteligencia.

—¿No hay una manipulación intencionada de las palabras para cambiar su significado a conveniencias?

—Sí, sí. No sé si es manipulación o simplemente torpeza y estupidez...

—Hay un gusto exagerado por el eufemismo...

—Se dice glosar por elogiar... se usa todo mal. Hay políticos ignorantes que dicen que ellos pueden dimitir a sus subordinados. Esos políticos deberían saber que no pueden dimitir a nadie, pueden cesar. La propia persona es la que puede dimitir. Pero es que son lingüísticamente muy brutos. Afecta hasta a los locutores de radio y televisión, que dicen delante y detrás mía... El idioma está en relación directa con la necesidad de expresarse. Cuanto más inteligencia y más imaginación, mayor vocabulario. El vocabulario se ha ido reduciendo, porque la imaginación se ha reducido. Podemos hablar hasta de escritores de fuste, eh, que dicen tonterías, que usan mal el idioma y dicen otra cosa: fruncir el entrecejo por fruncir el ceño. Dicen también *detentaban* una representación, en vez de ostentaban. Detentar es un delito. Me parece imprescindible que hagan un curso de castellano. ¡Cómo es posible! Es de cárcel. El embrutecimiento que provoca la televisión es que es de juzgado de guardia...

—¿No será que se quieren masas embrutecidas e ignorantes, fáciles de manipular? Hay masas de fanáticos del fútbol que son conducidos a los estadios como si fueran ganado, que hay que ponerlos en gradas separadas para que no se maten...

—El fútbol es un espectáculo que han transformado en una cosa odiosa...

—Creo que tiene una anécdota con un importante personaje, allá cuando el franquismo...

—...Un gángster. Procesado por malversación de fondos en un sanatorio, del que era administrador. La sentencia está, eh. El que quiera que lo busque en los archivos, que está. El gallito ese lo hizo antes de venirse a Madrid. Este muchacho escribió una obra de Teatro y lió a Fernando Fernán Gómez para dirigir la obra. Ese escritorcillo, mediocre donde los hubiera, dio una fiesta para la compañía de teatro, en su casa. Fernando me convenció para ir a esa comida. En la casa del susodicho, Fernando dijo "Me he permitido traer a Pedro". Respondió "Ah, has hecho muy bien". Y me dice a mí: "Harás algún número de los tuyos". Le miré fríamente y le dije: "¿Puedo cenar algo primero?". Ese idiota, —los que se creen listos son imbéciles: el talento es otra cosa, que se están confundiendo ya muchas cosas ¡y ya está bien!— me dijo "Sí, sí". Comí algo, un poco de merluza o alguna otra cosa, y le dije: "Cuando tú quieras empiezo". Me siento y Fernán Gómez se pone de rodillas delante de mí y se empieza a confesar. Él de penitente y yo de confesor. Y en la confesión le pregunto: "¿Tú qué eres, a qué te dedicas?". Me responde: "Yo soy periodista". Le respondo

"Hombre, pues mira, haz como **El Caso**, que sale todos los días y dile a ese periodistilla que deje el espacio escénico para los que saben y que él siga haciendo lo que sabe y deje al Teatro en paz, porque lo que ha escrito son discursos malos como los que escribía Alejandro Llerroux". Se cabreó mucho y yo fui y me senté en sus rodillas y le dije "No te cabrees, no te cabrees hombre". Se levantó pálido, se marchó e inmediatamente apareció uno de sus matones y nos dijo "Don Fulano se ha puesto enfermo y les ruega que se vayan". Nos puso a todos en la calle, sin cenar. Sí. Un gángster, un delincuente común!

—¿Es cierto lo que me acaba de contar?

—Lo dejo a elección de los lectores inteligentes. Que ellos decidan.

—¿Hay miedo a decir cosas?

—Hay que acabar con el miedo, hay que jugársela ¡coño! alguna vez. Hay una cosa evidente: callar y contemporizar es colaborar con el sistema. Y no quiero callar ni contemporizar... No hay que colaborar con el silencio, ser cómplice con el silencio. ¡No quiero. Hay que decir las cosas!

Pedro Beltrán ha sido co-guionista de las películas *Momento de la verdad*, *Bruja más que bruja* y *El monosabio*. También en la serie televisiva *El pícaro*. Durante cinco años estuvo en el programa de radio *A vivir que son dos días*. Es colaborador habitual de la revista satírica *Muy señor mío*. Ha publicado también un libro sobre el torero Julio Aparicio y un *Diccionario de términos taurinos*. Es miembro de honor del Instituto Francés y ha impartido cursos de escritura de guiones. También forma parte de la Academia de las Artes Cinematográficas. El poeta Claudio Rodríguez le presentó un recital en el Ateneo de Madrid.

Fernando Fernán Gómez escribe en *Burro de noria*: "¿Y quién es Pedro Beltrán? ¿Quién era cuando llamó a la puerta? ¿Quién sigue siendo? Era aquel chico que, en los años treinta del siglo XX, al proclamarse la II República, supo que a los Reyes Magos los había sustituido el presidente de la misma, le escribió con su petición, y recibió de don Manuel Azaña un capote de torear. Fue, pocos años más tarde, el novillero conocido como *El Perla*, de muy buenas maneras. Y enfermero en la sierra minera de Cartagena. Y veterinario (él salvó con sus conocimientos y su esmero a nuestra perra *Hola*). Y muy excelente poeta popular y clandestino durante la alevosa dictadura franquista. Y actor de cine y teatro. Y profesor de flamencología. Y guionista cinematográfico (a su ingenio se debe, entre otros, el prodigioso guión de *Mambrú se fue a la guerra*). Y autor de café-teatro. Y algunas cosas más. Pero, sobre todas ellas, fue perito en amistad".

—El esperpento cómico está sin estrenar. No encuentro empresa. *La balada de Gumersindo* pensaba hacerla Mario Gas, pero no tengo quien la financie. Rafael Álvarez, *El Brujo*, me dio una cantidad de dinero para que le reservara los derechos durante un año. Y ahí está, sin

